

CÉSAR VALLEJO: ¿POETA CRISTIANO Y METAFÍSICO?

Julio Carmona
Lima, Perú

Resumen

Luego de más de un siglo de su llegada al mundo, César Vallejo sigue sufriendo los golpes que el avizorara en su poema «Piedra negra sobre una piedra blanca», en el que vislumbra lo que ocurrirá después de su muerte: «César Vallejo ha muerto, le pegaban / todos sin que él les haga nada». Lo cual se constata con las constantes agresiones que lo vinculan a situaciones y condiciones de las que él mismo se encargó de establecer su distanciamiento: el vanguardismo, la metafísica, la religión, etc. Toda su poesía da testimonio de ello, porque en toda ella deja constancia de su enraizamiento en la realidad. Hasta en los momentos en que trata de temas idealistas (dios, el amor, la soledad, el absurdo, la muerte, etc.) lo hace porque todos ellos existen en la realidad: pues son parte de ella o derivan de ella. No hay escapatoria. Más allá de la realidad solo está el pensamiento: que muere con cada ser humano.

Palabras clave:

Pensamiento, metafísica, cristianismo.

Abstract

After more than a century of his arrival in the world, César Vallejo continues to suffer the blows that he foresaw in his poem "Piedra negra sobre una piedra blanca", in which he glimpses what will happen after his death: "César Vallejo has died, they beat him / all of them without him doing anything to them". This is verified by the constant aggressions that link him to situations and conditions from which he himself was in charge of establishing the distance from him: the avant-garde, metaphysics, religion, etc. All of his poetry bears witness to this, because in all of it he records his rootedness in reality. Even when he deals with idealistic themes (god, love, loneliness, the absurd, death, etc.) he does so because they all exist in reality: they are part of it or derive from it. There is no escape. Beyond reality, there is only the thought: that it dies with each human being.

Keywords

Thought, Metaphysics, Christianity.

Pensamiento y religión

Desde el poema inicial (que adopta el mismo título del libro) «Los heraldos negros», se habla de los «Golpes como *del odio de Dios*» que padece el hombre *sin saber por qué*, y así lo versifica César Vallejo (CV): «Hay golpes en la vida tan fuertes. *Yo no sé*». Y esta es la primera incisión que debe hacerse: que la religión no se puede soslayar de su obra (especialmente, la primera: *Los heraldos negros*), pero tampoco se la debe destacar como propia de una predisposición congénita hacia lo místico o lo teológico o lo metafísico (como pretenden algunos ¹). En ese primer libro se percibe el predominio de una visión idealista (y hasta teísta) del mundo en las primeras estancias, y ya en las estancias subsiguientes va avanzando hacia un descreimiento religioso, y la asunción de una visión realista, en la que destaca su filiación humanista. Después, en *Trilce*, esta

¹ Uno de esos panegiristas de la religión atribuida a CV como innata o preexistente en él desde antes de nacer, es Alejandro Lora Risco, en un artículo (de título «Entraña religiosa de la poesía de Vallejo») habla de «su condición esencial de poeta religioso» (1968: 94).

tendencia se irá radicalizando, al extremo de poner en su mínima expresión los temas religiosos o teístas, y el realismo se hace más notorio, con un afianzamiento de su sentido humanista. Y, finalmente, en *Poemas humanos*, este sentido humanista —obviamente— se consolida más.² O sea que todas estas opciones ideológicas no son innatas, en nadie; no es la conciencia del hombre la que las precede, son estas las que preceden al hombre y a su conciencia, y a este lo contaminan o de él reciben su rechazo. Como dice Marx: «El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser; por el contrario, su ser social es lo que determina su conciencia» (1976: 12).

Y en la elección de sus temas poéticos, es obvio que en CV está presente la influencia social de la religión, como institución que, en las zonas rurales, tiene una gravitación muy poderosa. El mismo CV describe este aspecto de la religiosidad en la sierra peruana, y dice que allí hay «un catolicismo bárbaro e híbrido, mezcla de supersticiones panteístas de origen incaico y de una suerte de idolatría ritual medievalesca» (1978: 26). Evidentemente (y más aun en esta primera etapa de su vida), CV reconoce la grandeza de Dios: ¡es la razón de ser de su concepción del mundo! Por eso escribe: «La primavera vuelve, vuelve y se irá. Y Dios, / curvado en tiempo, se repite, y pasa, pasa/ a cuestras con la espina dorsal del Universo.» («Los anillos fatigados»). Porque hay situaciones o momentos de la vida que se van y vuelven (como la primavera). Pero solo Dios queda, como el tiempo, que pasa y pasa, repetido, siempre presente. Por eso no debe extrañar que ya estando en Europa (al segundo año de su llegada, 1924) cuando se encuentra agobiado por los más duros avatares, hace esta patética confidencia a su amigo Pablo Abril:

«Pablo! Hay gente dura y cruel en el mundo. Hay dolores que espantan, y la muerte es un hecho evidente, pavoroso. Hay gente dura de corazón, y uno puede morir de miseria. Bueno. Pero, qué se va a hacer. Vuelvo a creer en Nuestro Señor Jesucristo. Vuelvo a ser religioso, pero tomando la religión como el supremo consuelo de esta vida. Sí. Sí. Debe haber otro mundo de refugio para los que mucho sufren en la tierra. De otra manera no se concibe la existencia, Pablo» (Vallejo, 1975: 27).

Ese «vuelvo a creer» da a entender que ha habido un momento previo (estando en Perú) en que dejó de creer (porque su situación material no era tan angustiosa como lo sería en Europa). Y, asimismo, deja abierta la posibilidad de que en lo venidero también se vuelva a producir esa no-creencia (cuando asume su posición marxista o materialista). No es, pues, una condición espiritual (una formación de conciencia) definitiva e inamovible, irracional. De ahí que, dos años después (1926), hasta se burle de la inocencia o ingenuidad de alguna gente del pueblo francés:

² En apreciación similar, dice André Coyné que en CV: «Las palabras que por lo común designan lo Divino, cobran función propiamente humana (...) Esa humanización de lo Divino arraiga en la conciencia, cada vez más lastimosa, que el poeta tiene de su propio cuerpo» (Cit. por César Ángeles Caballero, 1993: 90-91).

«Sí, señores, Nuestra Señora de las Lágrimas existe. El cable os habrá enterado con lujo de detalles de esta epifanía. Una estatua que de repente empieza a llorar, debido a la condensación de la humedad de la portería donde se yergue. He aquí todo. La portera de la casa, madame Messmin, se emociona místicamente, como en las apariciones de Fray Angélico, y cree que la Virgen ha descendido a su casa. Las gentes de las aldeas también se emocionan y derraman lágrimas. La secta se forma con la portera de marras a la cabeza. Es el año de 1905; viene luego la guerra; la secta crece. Un día viene un pobre tonsurado, el cura de Bombón, y exhorta a esos fanáticos a abandonar su culto, por haberse comprobado que no se trata sino de un fenómeno físico de condensación. La Papisa empieza a sufrir de no sé qué infortunios y pesadillas nocturnas, cuya causa cree radicar en la herejía del cura. Preguntados los demás miembros de la cofradía, responden que ellos también padecen de idénticas hechicerías, desde el día en que el pastor desaprobó el culto de Nuestra Señora de las Lágrimas. Madame Messmin se le echa encima al párroco y un domingo, después de misa, va a la sacristía, seguida de sus greyes militantes y le propina veinticinco azotes al pastor hechicero que, según ella, está poseído del diablo» (1987: 91-92, 19 de marzo de 1926).

La religión, en CV, no se corresponde con la ortodoxia cristiana, por la cual se entiende que Dios quiere a todos por igual. CV ve la religión solo como «refugio para los que mucho sufren en la tierra». Y ese es el sentido de su ruego *por el pan nuestro*.»: «El pan nuestro de cada día dánoslo, / Señor...» («El pan nuestro»). No es un pan para todos, porque hay quienes lo tienen de sobra y no lo comparten, porque «Hay gente dura de corazón, y uno puede morir de miseria». Asimismo, hay otra carta, desgarradora, dirigida a su mismo confidente (Pablo Abril) en los momentos más difíciles que habría de pasar al año siguiente de su llegada a París (1924):

«Parece que la mala suerte sigue empecinada en herirme. Esta carta la escribo desde el hospital de la Charité, Sala Boyer, cama 22, donde acabo de ser operado de una hemorragia intestinal. He sufrido, mi querido amigo, veinte días horribles de dolores físicos y abatimientos espirituales increíbles. Hay, Pablo, en la vida horas de una negrura negra y cerrada a todo consuelo. Hay horas más, acaso, mucho más siniestras y tremendas que la propia tumba. Yo no las he conocido antes. Este hospital me las ha presentado, y no las olvidaré. Ahora, en la convalecencia, lloro a menudo por no importa qué causa cualquiera. Una facilidad infantil para las lágrimas, me tiene saturado de una inmensa piedad por todas las cosas. A menudo me acuerdo de mi casa, de mis padres y cariños perdidos. Algún día podré morirme, en el transcurso de la azarosa vida que me ha tocado llevar, y entonces, como ahora, me veré solo, huérfano de todo aliento familiar y hasta de todo amor. Pero mi suerte está echada. Estaba escrito. Soy fatalista. Creo que todo está escrito. Dentro de seis u ocho días más creo que saldré del hospital según dice el médico. En la calle me aguarda la vida, lista, sin duda, a golpearme a su antojo. Adelante. Son cosas que deben seguir su curso natural, y no se puede detenerlas» (op. cit.:1975: 26).

El amigo de CV, Marco Antonio Campos da el siguiente testimonio:

«Espiritualmente [CV] se sentía braceando en un fondo cenagoso. Llegaba a llorar a solas. “Todo en adelante será para peor. No es pesimismo, es un realismo crudo y objetivo”, nos decía mientras tomábamos un lentísimo café en el mostrador de La Coupole en una de nuestras habituales reuniones por los famosos cafés de Montparnasse». ³

Ese sentido fatalista de la vida es propio de la conciencia religiosa o la ideología cristiana, y conduce a la resignación teniendo como paradigma a Job, y, ya en el colmo del estoicismo, quedar pasivamente a la espera de la «buena muerte». Pero, siempre, siempre creyendo que todo obedece a la voluntad de Dios, aunque sea una voluntad que fluctúa según sus estados «vitales»: «Yo nací un día/ que Dios estuvo enfermo. Grave.» («Espergesia»). A propósito de este poema, el trato irreverente (y hasta burlesco, en medio de su propuesta trágica o patética) que se percibe en él, reafirma la sospecha de que CV no tenía *clausurada* su concepción del mundo (del tipo de esa acción medieval de *clausura* que se infligía a las mujeres), él puede airear su pensamiento con ciertos atisbos de duda: «A este respecto [dice CV] he de citar un libro tremendo, “Bajo el Sol de Satán” que acaba de publicar Georges Bernanos y que toda la crítica francesa reputa como una obra genial. En ese libro hay párrafos espantosos. Se trata de lo que acabo de expresar: del tormento místico de nuestra época. Para una mentalidad clara, despreocupada y amiga del sport, esta novela ha de parecer una úlcera terrible. Yo mismo no he podido sustraerme a la repulsión de ese libro. Me ha dado náuseas. No precisamente, porque se trate allí de un gran motivo religioso, a la manera medioeval, sino tal vez porque el señor Bernanos no ha sabido tratarlo. ¡Qué magnífico flanco para una gran obra! ¡Dios!... ¡La dicha eterna!... ¡La manera de llegar a ella!... ¡Las fuerzas y direcciones del espíritu!... ¡Las fuerzas y direcciones del cuerpo!... ¡Las lóbregas encrucijadas y los sutiles y perlados crepúsculos del infinito!... Pero el señor Bernanos olvida que estamos en 1926 y no en el año en que murieron Abelardo y Eloísa, ni siquiera en los días de León Bloy. Su profundo anacronismo psicológico le ha perdido, y “Bajo el Sol de Satán” no podrá lograr abrir la brecha espiritual que necesita nuestra época. A estos muchachos que se han muerto de todos los dolores, de todas las miserias y de todas las tragedias humanas en 1914, no se les podrá tocar el corazón sino mostrándoles otros dados del destino, otras posibilidades de ascensión, más inmediatas, más humanas, más universales, que las posibilidades encuadradas dentro de una sola disciplina religiosa, ésta o aquélla. El rostro de Satán habría que buscarlo fuera de la iconografía católica; las llagas del mártir habría que buscarlas en otra cintura que no fuese la del abate Donissants. Estos mozos de ahora han visto ya a Satán en las trincheras y a los santos penitentes en la Cruz Roja. ¡Señor León Daudet! ¡Voto por el gran espíritu católico de usted! Pero permítame tomar mi sombrero y alejarme sin ruido del templo, antes de darme cuenta de que el nuevo cura de Ars, de

³ <http://circulodepoesia.com/nueva/2011/01/galeria-de-ensayo-mexicano-cesar-vallejo-en-paris-y-en-madrid-de-marco-antonio-campos>.

M. Bernanos, ha fallecido de martirio, en la sombra propicia del confesionario. ¡*Mi generación pide otra disciplina de la vida!*» (Vallejo, 1987: 125, 28 de julio de 1926).

Mientras impera su calidad de creyente cristiano, CV asume la relación con Dios en el sentido de ser también *su hijo*. Al extremo de dar la sensación de que se está unificando con Cristo. Con el mismo sentido que Kierkegaard dice del cristianismo que consolida «el parentesco entre los hombres, garantizándolo en la medida en que, con Cristo, todo individuo está relacionado igualmente con Dios, hallándose en situación igual frente a Él; en cuanto enseña a todos, sin distinción, que Dios lo ha creado y que Cristo lo ha redimido» (Adorno, op. cit.: 245). Si, por ejemplo, nos atenemos a la interpretación que del Poema «Comunión» hacen algunos críticos, en el sentido de ser un poema inspirado por una mujer ⁴, es evidente que el *locutor poético* (la primera persona que habla en el poema) asume la voz de Cristo: «Linda Regia! Tus pies son las dos lágrimas/ que al bajar del Espíritu ahogué, / un Domingo de Ramos que entré al Mundo, / ya lejos para siempre de Belén!». Se entiende que es la partida o alejamiento de la mujer, circunstancia que equivaldría al Domingo de Ramos, es decir, casi la víspera de la muerte de Jesús, y que, al mismo tiempo, constituye la lejanía de su primer encuentro, en el que el *locutor poético* nació para el amor (Belén). Incluso —en el mismo poema— ha dicho antes: «Tu cabello es la hilacha de una mitra / de ensueño que perdí!» (Ib.) Y bien se sabe —por referencias de la familia de CV ⁵— que en su niñez solía decir que cuando grande sería obispo, cuya *mitra*, finalmente, no llegó a conseguir. Asimismo, Belén es mencionado en otro poema: «Rumian arias de yerba al sol caído, / las greyes de Belén en los oteros» («Bajo los álamos»), siempre en relación con el nacimiento de Jesús, cuyas alegorías hogareñas en la Navidad actual no dejan de tener la representación de los bueyes (que rumian en el verso). Es decir, que la compenetración de CV con la religión es insoslayable; pero —insisto— esta evidencia no ha de conducir a esa solitaria constatación, y menos a que de ella se pase a convertirla en único y definitivo centro y amplitud de su concepción del mundo. Porque, como precisa Escobar «ninguno de los poemas se ciñe a las exigencias de lo que suele llamarse poesía religiosa o piadosa; ni siquiera aquellos en los que nominalmente el poeta trata de Dios» (1973: 18).

Vale decir, que en el poema la recurrencia a la terminología religiosa no tiene la finalidad de convencer al lector de su propia creencia o de inducirlo a ella, sino como elementos de construcción técnica que acanalán mejor sus sentimientos o temática consciente. Porque en el camino que ha elegido en la vida —el ser poeta— sabe que no tiene un interlocutor directo (de ahí sus constantes «no sé» ⁶), y, por eso, en «Oración del

⁴ Ricardo González Vigil dice que este poema «Según Juan Espejo Asturrizaga, lo motivó Hermelinda Melly, la misma del poema “Linda Regia”» (Vallejo, 2013: 96). Poema este último incluido en la parte de «Poemas juveniles» del mismo libro, p 71.

⁵ Juan Espejo Asturrizaga refiere que las hermanas de CV recordaban la anécdota, que de niño decía: «Voy a ser obispo. Voy a llevar una mitra en esta cabeza» (Cit. por Hart, 2013: 14). Y a esta anécdota se hace referencia en *Trilce* XLVIII: «y por mí que sería con los años, si Dios/ quería, Obispo, Papa, Santo,».

⁶ La expresión «no sé» hace recordar al poema «Lo fatal» de Darío: «... y la carne que tienta con sus frescos racimos/ y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos/ y *no saber* a dónde vamos/ *ni* [saber] de dónde venimos». Y en *Los heraldos negros*, se encuentra en el primer poema: «Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo *no sé*». También en: «Romería»: «Pero un golpe,/ al caer yo *no sé* dónde,»; «Setiembre»: «Yo *no sé* lo demás,»; y: «yo *no sé* por qué fui triste.»; «Deshora»: «cuando ha cuajado en *no sé* qué probeta»; «Hojas de

camino» dice: «Ni sé para quién es esta amargura! / Oh, Sol, llévala tú que estás muriendo, / y cuélgala, como un Cristo ensangrentado, / mi bohemio dolor sobre su pecho.»⁷ Y en el caso del amor perdido qué imagen más fuerte que la del dolor de Cristo para expresarlo: «Después, tu manzanar, tu labio dándose, / y que se aja por mí por la vez última, / y que muere sangriento de amar mucho, / como un croquis pagano de Jesús» («Yeso»). La misma representación del universo es conquistada por la presencia de Cristo: «Luna! Corona de una testa inmensa, / que te vas deshojando en sombras gualdas! / Roja corona de un Jesús que piensa / trágicamente dulce de esmeraldas!» («Deshojación sagrada»). Pues, en medio de tanta oscuridad siempre queda la esperanza de un mundo mejor (idea poética revelada en el poema «Líneas»): «Que en cada cifra lata, / recluso en albas frágiles, / el Jesús aún mejor de otra gran Yema!», siempre bajo la admonición de Cristo, porque «... donde no hay un Padrenuestro, / el Amor es un Cristo pecador!» («Amor prohibido»). Y el amor —no solo a la mujer, sino a la humanidad, a la naturaleza, a la vida— está latente en la poesía de *Los Heraldos negros*, hasta cuando se siente que el pesimismo ronda por la ausencia de la amada, ahí está presente Jesús, para dar su aliento (esa «cruz que nos alienta»). Y es así que la inmortal y «andina y dulce Rita» «... al fin dirá temblando: «Qué frío hay... Jesús!» («Idilio muerto»). Me atrevo a decir que el poema «Santoral» (además de sugerir a la relación de santos de la Iglesia Católica) alude a Cristo, a través de interpósito personaje, Osiris, mediante una especie de alusión parabólica o esópica. Transcribo el poema:

SANTORAL (Parágrafos)

Viejo Osiris! Llegué hasta la pared
de enfrente de la vida.
Y me parece que he tenido siempre
a la mano esta pared.
Soy la sombra, el reverso: todo va
bajo mis pasos de columna eterna.
Nada he traído por las trenzas; todo
fácil se vino a mí, como una herencia.
Sardanápalo. Tal, botón eléctrico.

ébanos»: «Con *no sé* qué memoria secretea/ mi corazón ansioso.»; «Ágape»: «Y *no sé* qué se olvidan y se queda», «yo *no sé* con qué puertas dan a un rostro,»; «La de a mil»: «contiene *no sé* qué fondo de Dios.»; «El pan nuestro»: «y preguntar por *no sé* quién,»; «y suplicar a *no sé* quién,»; «Líneas»: «Yo *no sé* si el redoble en que lo busco,»; «Dios»: «que él me dicta *no sé* qué buen color.»; «Encajes de fiebre»: «yo *no sé* qué leyenda fatal quiere verter,»; y aparece en *Trilce*: «XII»: «Un proyectil que *no sé* dónde irá a caer,»; «LXX»: «yo *no sé* de esto casi nada.»; y, finalmente, en *España, aparta de mí este cáliz*: «I: Himno a los voluntarios de la república»: «cuando marcha a matar con su agonía/ mundial, *no sé* verdaderamente/ qué hacer, dónde ponerme,»; «VIII»: «*no sé* quién ha tomado tu arado, *no sé* quién.».

⁷ El «no sé» vallejiano le sirve a Ignacio López Soria para ejemplificar su tesis de «lo uno» y «lo otro» que —dice—: «... en el arte y la literatura, tal vez porque no están atados a la racionalidad establecida, se han asomado al problema y lo han des-ocultado ocultándolo. Un ejemplo elocuente de esta aproximación es “el saber del no-saber” de *Los heraldos negros* de Vallejo» (2007: 25).

de máquinas de sueño fue mi boca.
Así he llegado a la pared de enfrente;
y siempre esta pared tuve a la mano.
Viejo Osiris! Perdónote! Que nada
alcanzó a requerirme, nada, nada...

Se sabe que Osiris es el dios egipcio ⁸ a quien se lo relaciona con Cristo por algunos aspectos de su vida y su muerte (que fue ejecutado y resucitado, aunque la teología cristiana tiene sus argumentos para recusar ese paralelo). Y el poema da a entender que CV tenía conocimiento de ese vínculo. Ahora bien, si se considera que la expresión «Estar hasta la pared de enfrente», de acuerdo con el imaginario popular, indica «estar muy mal» (y en el poema lo es por partida doble), de ello debe seguirse que hay una imprecación contra ese dios pagano (reemplazante de Cristo). Y el locutor poético, en primera persona, el yo lírico que habla en nombre de todos, se presenta como la sombra o el reverso de Osiris (o Cristo, en colaboración) y no obstante sentirse su heredero, a quien todo le ha llegado de herencia, sin el mayor esfuerzo, y que no obstante haber podido salvar a Babilonia (la sociedad humana o, mejor, inhumana) se la dejó arrebatada por una modernidad ilusoria, como lo hiciera Sardanápalo; pero Osiris, dios de dioses, pudo haberlo ayudado. Y no lo hizo. Nada le alcanzó, ni un solo requerimiento. Y, por eso, invierte los roles: y es él quien perdona al salvador...

Por eso, a manera de conclusión previa, se debe decir, pues, que no podía estar ausente el amor en la primera poesía de CV, como subtema de la religión. Y es otro fondo temático recurrente en las reflexiones literarias y filosóficas de Kierkegaard, según Adorno. Aunque, en cierta forma, divergente respecto de CV. Kierkegaard eleva el amor a la suma abstracción, prescindiendo incluso del referente inmediato. Dice Adorno:

«La realidad externa solo cuenta en la medida en que, ocasionalmente, se apodera de lo general bajo la forma de su individuación, que es como Kierkegaard concibe el sentido del amor. El amante debe amar, en todo hombre, lo propio de humano que ostente, pero sin diferenciar a un hombre de otro. Toda “preferencia” queda excluida, con un rigorismo que puede cotejarse con la ética del deber de Kant. Para Kierkegaard, el amor solo es cristiano en cuanto ruptura con la naturaleza. Ante todo, como ruptura con los propios impulsos inmediatos, que deben ser reemplazados por la relación espiritual con Dios. De ahí que pueda referirse tanto al hombre más remoto, como al prójimo» (op. cit.: 238).

En cambio, en CV, en ciertos momentos, el amor erótico no es tan puro que se diga: «Amor, en el mundo tú eres un pecado!» («Amor prohibido»), y por eso se ha visto que el poeta lo diviniza en sí (por esa identificación con Cristo que ya adelantamos): «Amada no has querido plasmarte jamás/ como lo ha pensado *mi divino amor*.» («Para el alma imposible de mi amada»). Sin embargo, para él solamente en el amor realizado se

⁸ En el antiguo Egipto, dios de los muertos, hermano y esposo de Isis y padre de Horus. No llame la atención que CV haya querido llamar así a Cristo, “viejo”, pero para hacerlo recurre al recurso de la parábola, y digo que no debe extrañar pues también en un texto de *Poemas humanos* lo llama «Cristo el duro» («Alfonso: estás mirándome, lo veo»).

vislumbra la magnitud de Dios: «Sólo esa noche de setiembre dulce, / tuve a tus ojos de Magdala, toda / la distancia de Dios... y te fui dulce!» («Setiembre»). Es el dios hebreo, el Dios del Antiguo testamento, el implacable, el que odia, que también ronda en el amor, y que, en la bucólica campiña, se anhela encontrar: «Aletear con el humo allá, en la altura; / o entregarse a los vientos otoñales / en pos de alguna Ruth sagrada, pura, / que nos brinde una espiga de ternura / bajo la hebraica unción de los trigales!» («Mayo»). Y, así, poder decirle: «Dulce hebrea, desclava mi tránsito de arcilla; / desclava mi tensión nerviosa y mi dolor... / Desclava, amada eterna, mi largo afán y los / dos clavos de mis alas y el clavo de mi amor! / Regreso del desierto donde he caído mucho; / retira la cicuta y obséquiate tus vinos!: / espanta con un llanto de amor a mis sicarios, / cuyos gestos son férreas cegueras de Longinos!» («Nervazón de angustia»). Es decir: se alude a ciertas situaciones sufridas por Cristo, y que son asumidas por el locutor poético. Y con ese mismo sentido de transustanciación recurre a dos personajes de ese evangelio en el imaginario poético de *Los heraldos negros*: Judith que se interpreta como símbolo del modo que Dios puede utilizar un instrumento humano (Judith en este caso) para obtener el resultado que persigue; pero Judith también es el símbolo de la castidad y, por eso, en el mismo poema («Nervazón de angustia») la invoca como la amada que no cede a su amor: «Tus lutos trenzan mi gran cilicio / con gotas de curare, filos de humanidad, / la dignidad roquera que hay en tu castidad, / y el judithesco azogue de tu miel interior.» Y, entonces, él se ve como un «... Holofernes, sin tropas, / en el árbol cristiano yo colgué mi nidial; / la viña redentora negó amor a mis copas;» («Pagana»), que es como ofrendarse a esa amada en sumisión total, para que en su poder ostente: «mientras veles, rezando mis estrofas, / mi testa, como una hostia en sangre tinta!» («Ascuas»). Porque el amor — aunque no se quiera ver así — es una cruz que el hombre se ve obligado a cargar: «canturreando en todos sus místicos bronces / que ha nacido el niño-Jesús de tu amor.» («Nochebuena»). Y se implora: «No acabes el maná de mujer que ha bajado; / yo quiero que de él nazca mañana alguna cruz,» («Avestruz»). Una cruz para los dos — es el amor: «Amada, en esta noche tú te has crucificado / sobre los dos maderos curvados de mi beso; / y tu pena me ha dicho que Jesús ha llorado, / y que hay un viernesanto más dulce que ese beso.» («El poeta a su amada»). La fe es algo que el locutor poético no pierde (ya antes he señalado que considera su permanencia más allá de la muerte): «Es la fe, la fragua donde yo quemé, / el terroso hierro de tanta mujer; / y en un yunque impío te quise pulir.» («Para el alma imposible de mi amada»), es decir, se vislumbra ahí una confesión de infidelidad, y admitiendo esa renuencia a ser correspondido, escribe: «Y si no has querido plasmarte jamás / en mi metafísica emoción de amor, / deja que me azote / como un pecador» (Ibíd.) Pero es un ‘pecado de amor’ que se vislumbra redimible por la intercesión de ese *Amor divino*: «Hay tendida hacia el fondo de los seres, / un eje ultranervioso, honda plomada. / La hebra del destino! / Amor desviará tal ley de vida, / hacia la voz del Hombre;» («Líneas»). La voz del hombre será la característica diferenciadora del pensamiento vallejiano respecto de su paralelo kierkegaardiano.

Si hay una frase categórica que precise los alcances que la religión tuvo como elemento gravitante en la vida de CV, es aquella que, a pocos días antes de morir, le dictara a su viuda, Georgette Vallejo. Y es la siguiente: «Cualquiera que sea la causa que tenga que defender ante dios, más allá de la muerte, tengo un defensor: Dios.» (1973-3:

423). Pero lo cierto es que CV muere siendo un marxista ortodoxo. Y por esta calificación entendemos a aquel que no mercedea con los principios, es decir, con los pilares de la doctrina, que son: la filosofía, por la que se niega al idealismo metafísico para asumir el *materialismo dialéctico*, y sobre este dice CV: «El objeto o materia del pensamiento transformador radica en las cosas y hechos de presencia inmediata, en la realidad tangible y envolvente. El intelectual revolucionario opera siempre cerca de la vida en carne y hueso, frente a los seres y fenómenos circundantes. Sus obras son vitales. Su sensibilidad y su método son terrestres (materialistas, en lenguaje marxista), es decir, de este mundo y no de ningún otro, extraterrestre o cerebral» (1973-2: 13-14).

El otro principio está relacionado con la *economía socialista*, por la que se niega o se supera a la economía capitalista: «Estoy dispuesto a trabajar —exclama CV— cuanto pueda, al servicio de la justicia económica cuyos errores actuales sufrimos usted, yo y la mayoría de los hombres, en provecho de unos cuantos ladrones y canallas» (1975: 105), es una posición principista que da sustento al último pilar que es el *socialismo científico*: «Debemos unirnos todos los que sufrimos de la actual estafa capitalista, para echar abajo este estado de cosas» (Ibíd.) Es decir que el marxista ortodoxo puede hacer concesiones en las tácticas, en las formas de asumir sus posiciones en los momentos cruciales de la vida. Pero una vez asumidos esos principios, ya no se puede postergarlos o reemplazarlos por otros. Y este es el caso de CV. La frase arriba citada, sobre dios que será su defensor al morir, no es —a todas luces— la que formularía un creyente religioso cualquiera. Está expresada, en principio, por un poeta y, por lo tanto, se hace susceptible de interpretación. Empezando por su construcción técnica, de carácter hiperbólico. Dice: ‘Si mi defensor es un ser que es considerado lo máximo en bondad, credibilidad y justicia, entonces, estoy avisando que no seré sentenciado por nada, porque desde ya estoy siendo considerado inocente si quien me va a juzgar y a defender es Dios, que todo lo sabe: y Él sabe que soy inocente de cualquier acusación que se me haga de mi paso por la vida’.

Es una forma categórica y apodíctica de manifestar su honestidad a toda prueba. Y es lo que yo sugiero que se da con el uso que de la religión hace CV: que es un recurso poético, no testimonio de fe. Por ello digo que yerran quienes pretenden considerarlo como un religioso a ultranza. ¿Que hubo influencia de la religión en su formación ideológica inicial? Por supuesto, como la hay en todo hogar del Perú que venga de una tradición cristiana o católica.

Y «la religión —dice Federico Engels—, una vez creada, contiene siempre una materia tradicional, ya que la tradición es, en todos los campos ideológicos, una gran fuerza conservadora. Pero los cambios que se producen en esta materia brotan de las relaciones de clase, y por tanto de las relaciones económicas de los hombres que efectúan esos cambios» (Marx y Engels, 1974-III: 394).

Y esto en el Perú es comprobable incluso hoy (transcurridos más de cien años) si hasta en las escuelas y colegios no deja de estar presente la parafernalia religiosa (crucifijos e imágenes de vírgenes y santos o los nombres mismos de ciertos colegios) que se convierten en condicionantes de su fe, y hasta represivos por la condena implícita de castigos *post mortem* que contienen. Todo lo cual no siempre logra el objetivo deseado, pues muchos optan por no aceptar esa imposición, y surgen los librepensadores, y, ya en

último extremo, los ateos. Yo estimo que ese es el caso de CV. Y eso explica que su trato con la divinidad no sea el que espera la curia de sus feligreses.

Para el marxismo, la religión no es un objetivo primordial a combatir, solo cuando retrasa el avance del movimiento popular como «opio del pueblo». Pero no se concentra en erradicarla de *todos* sus militantes, aunque eso sea lo deseable, en tanto da como resultado la coherencia ideológica; pero esta es una asunción consciente, no una imposición. Inclusive, en la etapa de la revolución socialista —en su avance hacia el comunismo—, el gobierno que asuma su conducción, no puede plantearse la opción de prescribir la desaparición de todo lo relacionado con la religión; a esta no hay que exterminarla de facto, pues desaparecerá progresivamente por sí sola, con el desarrollo de la ciencia y el estudio de la filosofía materialista.

Referencias bibliográficas

ADORNO, Theodor (1971)

Kierkegaard. Caracas: Monte Ávila.

ÁNGELES CABALLERO, César (1993)

César Vallejo. Su obra. Ica: San Marcos. Segunda edición. (Capítulos a revisar: «Presencia de España», «Intención cristiana»).

ESCOBAR, Alberto (1973)

Cómo leer a Vallejo. Lima: P. L. Villanueva.

HART, Stephen M. (2013)

César Vallejo. Una biografía literaria. Lima: Cátedra Vallejo et. al.

LÓPEZ SORIA, José Ignacio (2007)

Adiós a Mariátegui. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

LORA RIACO, Alejandro (1968)

En: *Mundo Nuevo* N°s 26-27, agosto-septiembre. Con el mismo título figura como último capítulo del libro del mismo autor: *Hacia la voz del hombre*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello. 1971.

MARX, Carlos y ENGELS, Federico¹(974)

Obras escogidas. Moscú: Progreso. Tercer tomo.

(1976). “*Contribución a la crítica de la economía política*”. México: Ediciones de Cultura Popular.

VALLEJO, César (1973-2)

El arte y la revolución. Lima: Mosca Azul.

(1973-3). *Obra poética completa*. Lima: Mosca Azul.

RUNA YACHACHIY, Revista digital (ISSN: 2510-1242), Berlín, 2022

(1975). *Cartas. A Pablo Abril de Vivero*. Lima: Juan Mejía Baca. (Esta edición contiene además otras cartas de Pablo Abril a César Vallejo).

(1978). «¿Qué pasa en el Perú?», en: *Revista Marka*, N°s 78, 79, 80 y 81, Lima. (La primera edición de este texto se dio en la revista parisina *Germinal* en el año 1933).

(1987). *Desde Europa. Crónicas y artículos (1923-1938)*. Lima: Fuente de Cultura Peruana. (Recopilación, prólogo, notas y documentación por Jorge Puccinelli).

(2013). *Poesía completa*. Lima: Copé. (Introducción, edición y notas de Ricardo González Vigil).

© RUNA YACHACHIY
Revista digital, Berlín, 2022
ISSN 2510-1242
www.alberdi.de